



¡Hay un chico en el baño de las chicas!

Louis Sachar

Ilustraciones de Puño



LITERATURASM•COM

Primera edición: septiembre de 2003

Vigésima segunda edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz Coordinación editorial: Carolina Pérez Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: There's a Boy in the Girls' Bathroom

Traducción del inglés: Paz Barroso

© del texto: Louis Sachar, 1987

© de las ilustraciones: David Peña Toribio (Puño), 2016

© Ediciones SM, 2016 Impresores, 2 Parque Empresarial Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403 e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8931-3 Depósito legal: M-9001-2016 Impreso en la UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Bradley Chalkers se sentaba al fondo de la clase, en el último pupitre de la última fila. En el pupitre de al lado no se sentaba nadie; en el de delante tampoco. Era una isla.

Lo que de verdad le hubiera gustado a Bradley era meterse en el armario. Allí podría cerrar las puertas y no oír a la señorita Ebbel. Bradley pensaba que a ella no le importaría mucho; es más, quizá lo preferiría. Y el resto de la clase también. En resumidas cuentas, todos estarían mucho más contentos si metiera su pupitre en el armario; lo malo es que no cabía.

-Chicos -dijo la señorita Ebbel-, quiero presentaros a Jeff Fishkin. Jeff se ha trasladado recientemente a nuestra ciudad. Antes vivía en Washington D. C. que, como sabéis, es la capital de nuestra nación.

Bradley levantó la vista para observar al nuevo, de pie junto a la señorita Ebbel.

-Jeff, ¿por qué no les cuentas algo de tu vida a tus compañeros? -le sugirió la señorita Ebbel.

El nuevo se encogió de hombros.

-Vamos -le animó la señorita Ebbel-, no seas tímido.

El chico nuevo farfulló algo, pero Bradley no logró descifrar qué había dicho.

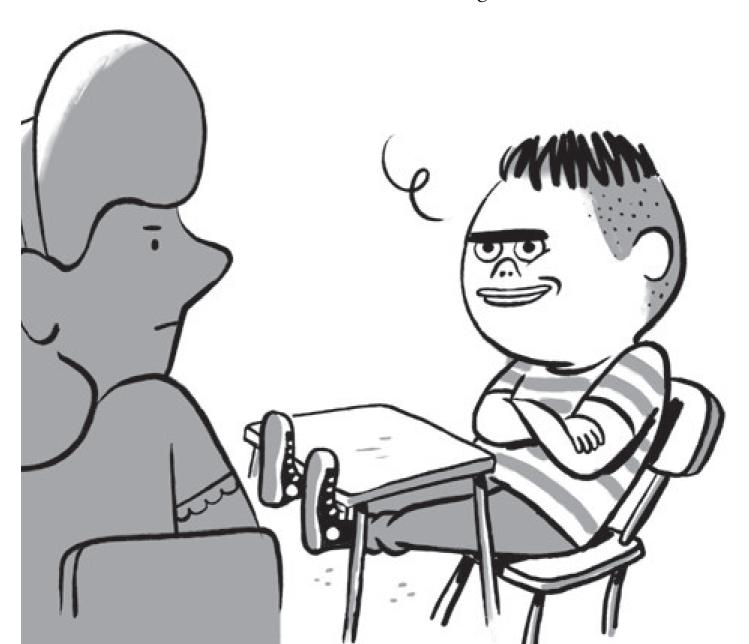
- -¿Has estado alguna vez en la Casa Blanca, Jeff? -le preguntó la señorita Ebbel-. Estoy segura de que a tus compañeros les interesaría mucho esa experiencia.
- -No. No he estado nunca -respondió el nuevo hablando atropelladamente mientras negaba con la cabeza.
- -Bueno -le sonrió la señorita Ebbel-, creo que lo mejor es que te busquemos un sitio -añadió mientras miraba por toda la clase-. Vaya, no veo ningún pupitre libre salvo el del fondo. Te puedes sentar allí, en la última fila.



- -¡No! ¡Al lado de Bradley, no! -chilló una niña de la primera fila.
- -Mejor al lado que delante -puntualizó el niño que se sentaba a su lado.

La señorita Ebbel frunció el ceño.

- -Lo siento, Jeff -se excusó-. No hay más mesas libres.
- -No me importa -farfulló Jeff.
- -Bueno, es que a nadie le gusta sentarse... allí -explicó la señorita Ebbel.
- -¿Te has enterado? A nadie le gusta sentarse a mi lado -intervino Bradley poniendo una sonrisa extraña. Tenía los labios tan tensos que era difícil saber si realmente sonreía o era una mueca de disgusto.



Bradley miró fijamente a Jeff con ojos que parecían querer salirse de sus órbitas mientras este tomaba asiento a su lado sintiéndose visiblemente incómodo. Cuando Jeff le sonrió, Bradley apartó la vista.

En cuanto la señorita Ebbel empezó la clase, Bradley sacó un lápiz y una hoja de papel y comenzó a emborronarla. Así se pasaba la mayor parte de las mañanas, garabateando a ratos sobre hojas de papel y a ratos sobre su pupitre. A veces hacía tanta fuerza con el lápiz que rompía la punta. Y cada vez que rompía la punta, soltaba una carcajada. Luego cogía la punta rota, la unía con cinta adhesiva a uno de los montoncillos de basura que guardaba en su pupitre, sacaba punta al lápiz y volvía a la carga.

Su pupitre estaba repleto de montoncitos de papeles rotos, trozos de mina de lápiz, gomas de borrar mordidas y otros objetos no identificados unidos con cinta adhesiva.

La señorita Ebbel repartió entre sus alumnos el control de lengua que había corregido.

-La mayoría lo ha hecho bastante bien -afirmó-. Estoy satisfecha de vuestros resultados: catorce sobresalientes y todos los demás, notables. Bueno, menos un insuficiente, claro... -añadió encogiéndose de hombros.

Bradley agitó en alto su hoja para que todo el mundo viera que se refería al suyo y puso de nuevo la misma sonrisa extraña.

Mientras la señorita Ebbel comentaba las respuestas, Bradley cogió unas tijeras y se dedicó a cortar su hoja en cuadraditos muy pequeños. Cuando sonó la campana del recreo, Bradley se puso su anorak rojo y salió de clase solo.

-¡Eh! ¡Bradley, espera! -oyó que decía una voz.

Bradley se detuvo asombrado.

-Hola -le saludó el nuevo, tras alcanzarle.

Bradley le contempló perplejo.

-Oye, no me importa nada sentarme a tu lado -le dijo Jeff-. De verdad.

Bradley no supo qué contestar.

-Sí que he estado en la Casa Blanca -siguió Jeff-. Si quieres te lo cuento.

Bradley se quedó pensativo unos segundos. Luego respondió:

-Dame un dólar o te escupo en la cara.